



Capítulo 1

Emma Woodhouse, guapa, inteligente y rica, poseedora de un hogar cómodo y de un carácter alegre, parecía reunir algunos de los mejores dones de la existencia; y había vivido en este mundo casi veintidós años sin encontrar muchas cosas que la afligiesen o le hiciesen sufrir.

Era la más joven de las dos hijas de un padre muy afectuoso e indulgente, y, debido al matrimonio de su hermana, se había convertido muy pronto en la señora de su casa. Su madre había muerto hacía tanto tiempo que no tenía más que un vago recuerdo de sus caricias; y su lugar lo había ocupado una mujer excelente como institutriz, cuyo afecto había sido poco menos que el de una madre.

La señorita Taylor llevaba dieciséis años en la familia del señor Woodhouse, menos como institutriz que como amiga, muy aficionada a ambas hijas, pero en particular a Emma, ya que entre ellas había más bien una intimidad propia de hermanas. Antes incluso de que la señorita Taylor dejase de desempeñar oficialmente el cargo de institutriz, la dulzura de su carácter apenas le permitía imponer restricciones; y como la sombra de la autoridad había desaparecido hacía tiempo, habían convivido como amigas muy unidas, y Emma solo hacía lo que le gustaba; estimando mucho el juicio de la señorita Taylor, pero dirigida principalmente por el suyo propio.

Los verdaderos males de la situación de Emma eran la posibilidad de obrar casi a su antojo y la inclinación a pensar demasiado bien de sí misma; estas eran las desventajas que amenazaban con estropear sus muchos placeres. El peligro, no obstante, era de momento tan inadvertido que ella no los consideraba en absoluto una desgracia.

Llegó la pena, una pena leve, pero no bajo la forma de una conciencia desagradable: la señorita Taylor se casó¹. La pérdida de la se-

1 Aunque casarse podría ser un modo de escapar a la vida —habitualmente, con con-

ñorita Taylor fue lo primero que le causó dolor. Fue el día de la boda de esta querida amiga cuando Emma se quedó sumida por primera vez en desolados pensamientos que se prolongaron en el tiempo. Terminada la boda, y cuando se fueron los esposos, su padre y ella se quedaron cenando juntos, sin la perspectiva de que una tercera persona animara la larga velada. Tras la cena, su padre se dispuso a ir a dormir, como de costumbre, y ella sólo pudo permanecer sentada y pensar en lo que había perdido.

El acontecimiento prometía toda clase de felicidades para su amiga. El señor Weston era un hombre de carácter irreprochable, fortuna suficiente, edad idónea y maneras agradables; y había cierta satisfacción en considerar con qué abnegada y generosa amistad había deseado y había estimulado Emma siempre esa unión; pero para ella era una mañana negra. La ausencia de la señorita Taylor se sentiría cada hora de cada día. Recordó su pasada amabilidad: la gentileza, el afecto de dieciséis años, cómo le había enseñado y cómo había jugado con ella desde los cinco años, como había dedicado todas sus fuerzas a pegarse a ella y divertirla cuando gozaba de buena salud y cómo la había cuidado durante las diversas enfermedades de la infancia. Había ahí una gran deuda de gratitud; pero la relación de los últimos siete años, el plano de igualdad y la absoluta falta de reservas que habían seguido al matrimonio de Isabella, al quedarse solas, era un recuerdo aún más querido y tierno. Había sido una amiga y una compañera como se tienen pocas: inteligente, bien informada, útil, amable, conocedora de todas las costumbres de la familia, interesada en todos sus asuntos, y particularmente interesada en ella, en todos sus placeres y proyectos; una persona a la que podía transmitirle todos sus pensamientos según surgían, y que sentía tal afecto por ella que nunca encontraría una tacha.

¿Cómo iba a soportar el cambio? Era cierto que su amiga iba a estar a sólo media milla de ellos; pero Emma era consciente de la gran diferencia que debía haber entre una señora Weston a sólo media milla de ellos y una señorita Taylor en casa; y a pesar de todas sus cualidades, naturales y cultivadas, corría ahora el gran peligro de sufrir soledad intelectual. Quería mucho a su padre, pero no era

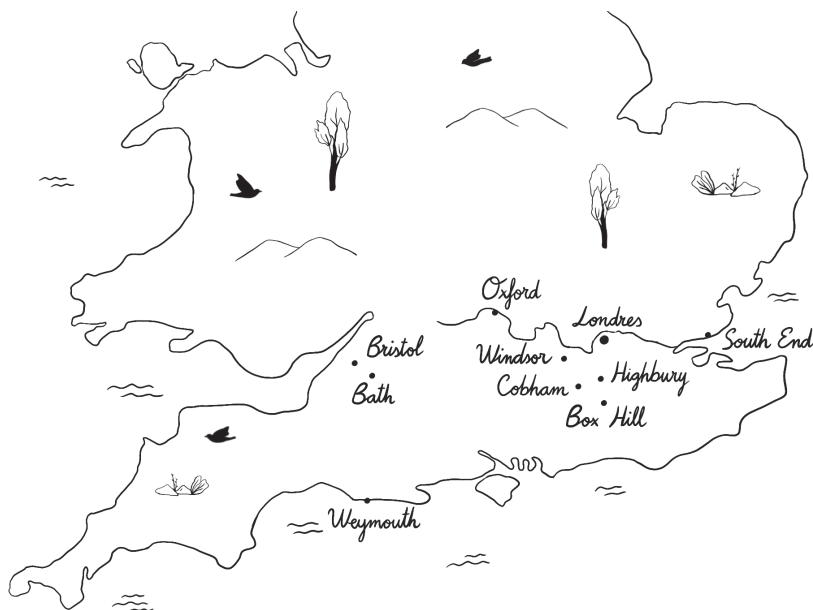
diciones extenuantes y muchas incertidumbres— de las institutrices, no era la suerte más común. Sólo en las novelas las institutrices se casan con un buen partido de la familia. En la vida real, esos casamientos eran excepcionales.

un compañero para ella. No estaba a su altura en la conversación, ni racional ni lúdica.

El inconveniente de la disparidad real de sus edades (el señor Woodhouse no se había casado joven) aumentaba mucho por el carácter y los hábitos de él; pues, como toda la vida había sido un hipocondríaco, sin actividad mental ni corporal, era un hombre mucho más viejo en las maneras que en los años; y aunque en todas partes lo querían, por la amabilidad de su corazón y su temperamento afable, sus talentos no le servirían de recomendación en ninguna circunstancia.

Su hermana, a quien, en comparación, su matrimonio no había alejado demasiado, ya que vivía en Londres, a solo dieciséis millas de distancia, quedaba mucho más lejos de su alcance cotidiano; y era necesario luchar durante muchas largas veladas de octubre y noviembre en Hartfield, antes de que la Navidad trajera la siguiente visita de Isabella con su esposo y sus hijos², para llenar la casa y volver a darle compañía agradable.

2 La distancia no era demasiada (16 millas son poco más de 25 kilómetros) y el trayecto podía hacerse en unas tres horas o menos, pero en este caso concreto estaba también toda la logística de viajar con la prole. Ni siquiera compensaba demasiado una escapada de fin de semana.



La grande y populosa aldea de Highbury, casi un pueblo, a la que pertenecía realmente Hartfield, a pesar de tener prados, jardín de arbustos³ y nombre propio, no le ofrecía a nadie que estuviera a su nivel. Los Woodhouse eran los primeros en importancia allí. Todos los miraban con deferencia. Ella tenía muchos conocidos en el lugar, pues su padre era cortés con todo el mundo, pero no podía aceptar a ninguno de ellos en sustitución de la señorita Taylor ni siquiera durante medio día. Era un cambio melancólico; y Emma no podía sino suspirar por ello, y desear cosas imposibles, hasta que su padre se despertó, e hizo necesario estar alegre. Necesitaba que lo animaran, ya que era un hombre nervioso, que se deprimía con facilidad; que se encariñaba con todas las personas a las que estaba acostumbrado, y que detestaba separarse de ellas; que odiaba los cambios de cualquier clase.

El matrimonio, como origen de cambios, siempre era desagradable; aún no se había reconciliado lo más mínimo con el hecho de que su hija se había casado, ni podía hablar de ella más que con compasión, a pesar de que había sido un matrimonio por amor, y ahora se veía obligado a separarse también de la señorita Taylor; y por su hábito de amable egoísmo, y por no ser capaz de suponer que otras personas pudieran sentir de forma diferente de la suya, estaba dispuestísimo a creer que la señorita Taylor había hecho algo triste tanto para sí misma como para ellos, cuando sería mucho más feliz si pasara el resto de su vida en Hartfield. Emma sonrió y charló tan animadamente como pudo, para alejarlo de tales pensamientos; pero cuando llegó el té⁴, a él le fue imposible no decir exactamente lo mismo que había dicho en la cena:

—¡Pobre señorita Taylor! Ojalá estuviera aquí de nuevo. ¡Qué lástima que el señor Weston haya puesto su pensamiento en ella!

—No puedo estar de acuerdo contigo, papá; sabes que no puedo. El señor Weston es un hombre de tan buen humor, tan agradable y tan excelente que merece una buena esposa. ¿Acaso querrías que la

3 En el original, *shrubbery*. Es una parte de un jardín donde se plantan distintas clases de arbustos, principalmente especies con flores.

4 ¿Té después de la cena? Así era. Los horarios de las comidas eran bastante distintos a los de hoy. Parece ser que el té de media tarde en Reino Unido se popularizó en la década de 1840 de la mano de una duquesa que desfilaba del hambre entre la ligera comida de mediodía y la contundente cena de última hora de la tarde y necesitaba tomar un refrigerio en el medio. Lo habitual en 1815 era que una comida similar se hiciese a última hora de la tarde.

señorita Taylor viviera con nosotros para siempre, y aguantara todos mis momentos de mal humor, cuando podría tener una casa propia⁵?

—¿Una casa propia? Pero, ¿cuál es la ventaja de una casa propia? Esta es tres veces más grande. Y tú nunca tienes momentos de mal humor, querida.

—¡Iremos a visitarlos a menudo, y ellos vendrán a visitarnos a nosotros! ¡Nos veremos con frecuencia! Tenemos que empezar, e ir a hacerles la visita nupcial lo antes posible.

—¿Y cómo llego hasta tan lejos, querida? Randalls está a mucha distancia. No podría recorrer ni la mitad de ese camino.

—No, papá, nadie dice que vayamos andando. Tenemos que ir en el carruaje, claro.

—¿En el carruaje? Pero a James no le gustará enganchar los caballos para un trayecto tan corto. ¿Y dónde van a estar los pobres caballos mientras hacemos nuestra visita?

—Los meterán en la caballeriza del señor Weston, papá. Sabes que ya hemos resuelto todo eso. Lo hablamos ayer por la noche con el señor Weston. Y en cuanto a James, puedes estar segurísimo de que siempre le gustará ir a Randalls, porque su hija está allí de criada. Si de algo dudo es de que quiera llevarnos alguna vez a otro lugar. Y fue mérito tuyo, papá, que le conseguiste a Hannah ese sitio tan bueno. Nadie pensó en Hannah hasta que la mencionaste tú. ¡James te está agradecidísimo!

—Me alegro mucho de haber pensado en ella. Fue una gran suerte, porque de ningún modo querría que el pobre James se sintiera menospreciado; y estoy seguro de que ella será muy buena criada: es una muchacha educada y bien hablada; tengo muy buena opinión de ella. Siempre que la veo me hace una reverencia y me pregunta qué tal estoy de manera muy gentil; y cuando la llamaste para que viniera a hacer bordado, reparé en que siempre echa el cerrojo de la puerta en el sentido correcto y nunca la golpea. Estoy seguro de que será una criada excelente; y será un gran consuelo para la pobre señorita Taylor tener cerca a alguien a quien esté acostumbrada a ver.

5 El patrimonio pasaba de padres a hijos y no a hijas, que cuando moría su padre se quedaban muchas veces sin techo. Lo saben muy bien las protagonistas de las novelas de Jane Austen y la propia escritora. Una mujer sin casa dependía de la bondad de su familia —esta tenía recursos para ayudarla—: Austen, su madre y su hermana vivieron en una casa prestada por uno de sus hermanos, pero que nunca fue de ninguna de ellas.

Puedes estar segura de que cada vez que James vaya a visitar a su hija tendrá noticias nuestras. Podrá decirle cómo estamos todos.

Emma no ahorró esfuerzos para mantener este rumbo más alegre de ideas, y tenía la esperanza de, con la ayuda del *backgammon*⁶, conseguir que la velada le resultara tolerable a su padre sin ser asaltada por más pesares que los propios. Se colocó la mesa de *backgammon*; pero inmediatamente después entró un visitante que la hizo innecesaria.

El señor Knightley, un sensato hombre de treinta y siete o treinta y ocho años, no sólo era un viejo e íntimo amigo de la familia, sino que estaba especialmente relacionado con ella, por ser el hermano mayor del marido de Isabella. Vivía a una milla de Highbury, era un visitante frecuente y siempre bienvenido, y en esta ocasión más que de costumbre, ya que venía directamente de ver a sus familiares comunes en Londres. Tras algunos días de ausencia había regresado poco después de la cena, y ahora visitaba Hartfield para contar que en Brunswick Square⁷ estaba todo el mundo bien. Era una ocasión feliz, y eso animó al señor Woodhouse durante algún tiempo. El señor Knightley tenía un carácter alegre, que siempre le hacía bien; y sus muchas preguntas sobre la “pobre Isabella” y sus hijos recibieron respuestas muy satisfactorias. Cuando esto terminó, el señor Woodhouse observó, agradecido:

—Es usted muy amable, señor Knightley, al venir a visitarnos a esta hora tan tardía. Seguro que ha sido una caminata tremenda.

—En absoluto, señor Woodhouse. Es una hermosa noche de luna, y tan cálida que debo alejarme del fuego tan vivo de su chimenea.

—Pero ha debido encontrarlo todo muy húmedo y enfangado. Espero que no se haya resfriado.

—¿Enfangado? Mire mis zapatos. Ni una mancha.

—¡Vaya! Es bastante sorprendente, porque ha llovido a cántaros. Mientras desayunábamos llovió con muchísima fuerza durante media hora. Incluso les pedí que retrasaran la boda.

—Por cierto, no les he dado mis felicitaciones. Siendo muy consciente de la alegría que deben sentir, no me he apresurado a felicitar-

6 En la época de la Regencia eran habituales los juegos de cartas o de mesa para entretener a personas de cierta edad, como el señor Woodhouse, o en determinadas citas sociales. También conocido en España como chaquete o tablas reales, el *backgammon* se juega con un tablero que tiene dibujados 24 triángulos, a través de los que hay que mover las fichas.

7 El domicilio en Londres de John Knightley e Isabella.

los, pero espero que todo haya ido razonablemente bien. ¿Qué tal se portaron todos ustedes? ¿Quién lloró más?

—¡Ah! ¡Pobre señorita Taylor! Es un asunto triste.

—Pobres señor y señorita Woodhouse, si les parece, pero de ninguna forma puedo decir “pobre señorita Taylor”. Siento una gran estima por usted y por Emma, ¡pero cuando se trata de la cuestión de la dependencia o de la independencia...! En cualquier caso, debe de ser mejor tener sólo una persona a la que complacer que dos.

—¡Sobre todo cuando una de las dos es una criatura tan fantásica y problemática! —dijo Emma, en tono jocos—. Sé perfectamente que es eso lo que piensa... y lo que sin duda diría si no estuviera mi padre delante.

—Creo que es muy cierto, querida, en efecto —dijo el señor Woodhouse, con un suspiro—. Creo que, por desgracia, a veces soy muy fantasioso y problemático.

—¡Queridísimo papá! ¿No creerás que podía referirme a ti, ni supondrás que el señor Knightley se refiere a ti? ¿Qué idea tan horrible! ¡No, no! Me refería a mí misma. Ya sabes que al señor Knightley le encanta buscarme defectos... en broma... es todo en broma. Siempre nos decimos lo primero que se nos pasa por la cabeza.

En realidad, el señor Knightley era una de las pocas personas capaces de ver los defectos en Emma Woodhouse, y la única que se los decía; y aunque esto no era especialmente agradable para ella, sabía que lo sería mucho menos para su padre, y no quería que sospechara que no era considerada perfecta por todo el mundo.

—Emma sabe que nunca la halago —dijo el señor Knightley—, pero no me refería a ninguno de los dos. La señorita Taylor estaba acostumbrada a tener dos personas a las que complacer, y ahora solo tendrá una. Seguramente salga ganando.

—Bueno —dijo Emma, deseando cambiar de tema—, usted quiere que le hablemos de la boda, y se lo contaré de buena gana, porque todos nos comportamos de manera encantadora. Todo el mundo fue puntual, todo el mundo con sus mejores galas: ni lágrimas ni apenas rostros serios. No, no; todos éramos conscientes de que íbamos a estar a sólo media milla de distancia, y estábamos seguros de encontrarnos con frecuencia.

—Mi querida Emma lo soporta todo muy bien —dijo su padre—. Pero la verdad es que lamenta mucho la pérdida de la pobre

señorita Taylor, señor Knightley, y estoy seguro de que la echará de menos más de lo que cree.

Emma volvió la cabeza, dividida entre lágrimas y sonrisas.

—Es imposible que Emma no eche de menos a una compañera así —dijo el señor Knightley—. Si pensásemos otra cosa no la querríamos tanto como la queremos; pero ella sabe qué ventajoso es ese matrimonio para la señorita Taylor; sabe qué oportuno debe de ser, a la edad de la señorita Taylor, vivir en su propio hogar, y lo importante que es para ella tener asegurada una posición cómoda, y por eso no puede permitirse sentir tanto dolor como placer. Todos los amigos de la señorita Taylor deben alegrarse de que esté tan felizmente casada.

—Y ha olvidado usted un motivo de alegría para mí —dijo Emma—, y muy importante: que ese matrimonio lo concerté yo misma. Sepa que lo concerté hace cuatro años; y el hecho de que se celebrara y de que fuera para bien, cuando tanta gente decía que el señor Weston no volvería a casarse, puede consolarme de cualquier cosa.

El señor Knightley negó con la cabeza. El padre de Emma le contestó con cariño:

—Ah, querida, preferiría que no concertaras matrimonios ni predijeras cosas, porque lo que dices siempre se acaba cumpliendo. Te ruego que no conciertes más matrimonios.

—Te prometo que no concertaré ninguno para mí, papá; pero para otras personas sí que debo hacerlo. ¡Es la cosa más divertida del mundo! ¡Y después de tal éxito...! Todo el mundo decía que el señor Weston no volvería a casarse. ¡No, no! El señor Weston, que había sido viudo durante tanto tiempo y que parecía tan perfectamente cómodo sin esposa, tan constantemente ocupado en sus negocios en la ciudad⁸ o entre sus amigos aquí, siempre bien recibido dondequiera que fuera, siempre contento... El señor Weston no necesitaba pasar solo ni una sola velada del año si no quería. ¡No, no! Con certeza, el señor Weston no volvería a casarse nunca. Algunos incluso hablaban de una promesa hecha a su esposa en su lecho de muerte, y otros de que su hijo y el tío de este no se lo permitirían. Se dijo toda clase de solemnes tonterías sobre el asunto, pero yo no creí ninguna.

»Comencé a darle vueltas al asunto ya desde el día —hará unos cuatro años— en que la señorita Taylor y yo nos encontramos con él

8 Se refiere a Londres.

en Broadway Lane, cuando empezó a lloviznar y él salió corriendo muy galantemente a pedirle prestados dos paraguas para nosotros a Mitchell, el granjero. Planeé el matrimonio desde ese mismo momento; y después de obtener tal éxito, querido papá, no esperarás que abandone.

—No entiendo a qué se refiere con “éxito” —dijo el señor Knightley—. Para conseguir éxito hace falta esforzarse. Si usted estuvo esforzándose durante los últimos cuatro años en lograr este matrimonio empleó su tiempo de modo muy adecuado y delicado. Una manera muy digna de ocupar la mente de una joven dama. Pero si, como imagino, concertar el matrimonio, como usted lo llama, significa únicamente planearlo, decirse a sí misma un día ocioso: “Creo que sería excelente para la señorita Taylor que el señor Weston se casase con ella”, y luego repetirse esto a sí misma de vez en cuando, ¿cómo puede hablar de éxito? ¿Dónde está su mérito?⁹ ¿De qué se siente orgullosa? Hizo una suposición acertada; y eso es todo lo que se puede decir.

—¿Y usted nunca ha conocido el placer y el triunfo que suponen hacer una suposición acertada? Lo compadezco. Lo creía más inteligente, porque puede estar seguro de que hacer una suposición acertada nunca se debe sólo a la buena suerte. Siempre entra en juego el talento. Y en cuanto a mi pobre palabra “éxito”, por la que me reprende, no estoy convencida de no merecerla. Ha dibujado usted dos bonitos cuadros; pero creo que puede haber un tercero, algo entre quien no hace nada y quien lo hace todo. Si yo no hubiese estimulado las visitas del señor Weston aquí, y no hubiese dado ánimos en muchas ocasiones, y no hubiese allanado muchos asuntillos, quizás la cosa no habría llegado a nada. Creo que conoce Hartfield lo suficiente para comprenderlo.

—A un hombre directo y de buen corazón como Weston y a una mujer racional y sin afectación como la señorita Taylor se les puede dejar que arreglen sus propios asuntos. Es más probable que, al interferir, se hubiese hecho usted más mal a sí misma que bien a ellos.

—Emma nunca piensa en sí misma si puede hacerles bien a los demás —respondió el señor Woodhouse, comprendiendo sólo en parte—. Pero, querida, te ruego que no conciertes más matrimonios,

9 El señor Knightley no llevaría nada bien este siglo XXI, en el que hay gente que cree que puede conseguir cosas “manifestándolas”, es decir, pidiéndoselas al Universo (que es un poco lo que hizo Emma con este matrimonio).

porque son una cosa tonta, y le rompen a uno el círculo familiar de forma muy grave.

—Sólo uno más, papá; sólo para el señor Elton. ¡Pobre señor Elton! A ti te cae bien el señor Elton, papá. Tengo que buscarle una esposa. En Highbury no hay nadie que lo merezca. Lleva aquí un año entero, y ha arreglado tan bien su casa que sería una lástima tenerlo soltero durante más tiempo. Hoy, cuando unía las manos de los esposos, me pareció que tenía cara de desear lo mismo para sí. Tengo muy buena opinión del señor Elton, y es la única manera que se me ocurre de prestarle un servicio.

—El señor Elton es un joven muy apuesto, sin duda, y un joven muy bueno, y le tengo un gran aprecio. Pero si quieres mostrarle alguna atención, querida, invítalo a cenar con nosotros algún día. Será mucho mejor. Me atrevo a decir que el señor Knightley tendrá la amabilidad de venir a conocerlo.

—Con mucho gusto, señor. Cuando quiera —dijo el señor Knightley, riéndose—, y estoy totalmente de acuerdo con usted en que eso será mucho mejor. Invítelo a cenar, Emma, y sírvale el mejor pescado y el mejor pollo, pero déjele elegir a él su propia esposa. Créame: un hombre de veintiséis o veintisiete años es capaz de cuidar de sí mismo.